

Virgen, pero con mas ternura y menos veneracion. La veneracion, mira, Ursula, es siempre mas fria; cuando iba á confesar mis faltas á María, tenía un poco de miedo que ella no me las perdonara; mi madre, estoy segura que ella seria la primera, aun queriendo regañarme, en excusarme y en buscar un mérito hasta en mi falta.

Cuando hubimos pasado mucho tiempo, que voló en un segundo, en llorar, en mirarnos y en abrazarnos:

— Ahora, Cipriana, me dijo mi madre, es menester que os enseñe vuestro cuarto.

— ¡Oh! mi Blanquita, no hemos soñado jamás nada mas fresco, ni mas bonito, ni mas simplemente galan. Mi madre se sonreía de mi éxtasis, y de mis admiraciones y de mis gracias. ¡Ah! es que ella comprendía bien que este agradecimiento no se dirigía á esos nada bonitos y costosos que se encuentran por dinero en casa del primer tapicero, sino, sobre todo, al arreglo lleno de solicitud que habia presidido; hubiérase dicho que la persona que habia dirigido estos arreglos, que habia previsto todas mis necesidades, todos mis gustos, todos mis caprichos, habia adivinado hasta los matices de telas que mas me gustaban, y en fin, ¿cuál no fué mi alegría cuando, abriendo una puerta en la ensambladura, me hizo descender una escalera de servicio que conducía á mi jardincito? Si, Ursula, mi jardin, ó mas bien, á nuestro jardin, el de mi madre y el mio... y tú comprenderas, en fin, la exquisita y delicada prevision de esta querida madre, cuando te haya dicho que este jardin se compone meramente de una grande alameda de tilos y castaños como en el convento. Mi madre ha querido hacerme creer que la casualidad sola habia hecho esta semejanza; pero yo la he demostrado que no era juguete de su mentirilla, designándola con el dedo la barrera enteramente nueva que se ha levantado con intencion de complacerme entre el jardin del palacio y el mio.

En el momento en que te escribo estas líneas, mi ventana está abierta. El aire embalsama. Los grandes castaños balancean hasta el apoyo de mi balcon sus penachos blancos y morados. Héme aquí de pié, apoyados los codos en la barandilla, y mirando á través de las ramas los juegos de la luz lunar sobre el suelo enarenado de la alameda. — Entonces... entonces pienso en tí. Estamos todavía en B... Me parece oír sobre la yerba el ruido de tu vestido blanco. — Pero me vuelvo y me encuentro en un nido de raso recamado con flores blancas, los piés desnudos, y hundidos en el vellon sedoso de una alfombra; la luz de la lámpara juega discretamente en el negro brillante de las lacas y facetas de los cristales; el palacio reemplaza á la celda, y entonces, querida mia, miro alternativamente estos dos objetos tan diferentes que me recuerdan todo lo que amo; pues esta alameda, es el convento, es decir, tú misma, y este retrete tan lindo, á mi madre solo lo debo, y entonces de verme tan amada, suspiro tambien un poco de no poder reunir en realidad cerca de mi estos dos amores, tan fácilmente como la tierna prevision de mi madre ha reunido su imágen, haciendo cerrar á mi intencion este rincon monástico del jardin.

— ¿Creeis, Cipriana, que os agrada vivir aquí?

— ¿Si me agrada? Mi respuesta, tú lo adivinas, no se hizo esperar largo tiempo.

— ¿Y nos amareis? preguntó mirándome fijamente con sus grandes ojos negros... Sí, prosiguió despues de un corto instante de silencio, veo que nos amarás, y sin embargo, pobre hija, ¡cuánto mal no os hemos hecho! ¡Cuánto no os haremos quizás aun!

Esta melancolia pasó pronto. A la mitad de la comida, no aparecía ya nada. Una verdadera comidita de pensionista, tan alegre, tan loca, como hubiéramos podido hacerla juntas. Las madres tienen todavia esa gracia, Ursula, la de rejuvenecerse á su antojo. Cuando una madre ama bien, se hace niña si es menester mecer á su hija; muchachuela si es menester divertirla; jóven si es necesario hacerla sonreír; una madre tiene siempre la edad de su hija.

Despues de comer solamente volvió á ponerse no triste, pero seria; me presentó á Postel, mi doncella, pero por la forma solamente, pues declaró que me serviría sola aquella noche; y cuando me acosté, vino á sentarse al pié de mi cama.

— Cipriana, me dijo gravemente, todavia no hemos hablado de vuestro padre. ¿Qué pensais de él?

— Pienso, mamá, que le respeto mucho y que le amo lo mas que puedo.

— Teneis razon, Cipriana, continuó mi madre, amadle mucho para que él os ame un poco, y respetadle aun mas, pues es una de esas naturalezas las mas nobles que os sea dado quizás encontrar nunca. Si descubris en él algunos defectos, y segun lo lista que sois, seguro que descubriréis muchos, no os apresureis á condenarle ni aun á juzgarle: ¿quién sabe si el juicio y la sentencia que pronuncieis no recaerian quizás sobre la cabeza de otra que tal vez os interese de mas cerca? — Obedeced en todo á M. de Puysaie, hija mia, porque es verdaderamente, es doblemente el árbitro de vuestra suerte. Tiene el derecho de decidir de ella, puesto que es vuestro padre; y lo tiene tambien porque hace largo tiempo yo cedí y puse voluntariamente entre sus manos toda la autoridad que podia tener sobre vos. No quiero, no debo mandaros nada, ¡yo! no quiero mas que ser...

Se detuvo bruscamente y prosiguió:

— No quiero mas que ser amada de vos.

Hé aquí donde estaba este misterio cuya existencia habiamos adivinado vagamente en el convento. Este misterio estaba entre mi madre y M. de Puysaie. ¡Ah! ¿podia yo desear solamente ser juez entre ellos? No; valia mas que yo ignorase siempre si alguna discordia habia podido deslizarse en su union. ¿No es para mí un deber mas natural y mas dulce tratar de acercarlos uno á otro haciéndome amar de ambos á dos? Para mi madre, era ya bastante. Para mi padre, tengo la inocente coquetería de creer que esto no será imposible. Me he prometido pues muy callandito hacer el sitio en regla para conquistarle; y para eso le obedeceré en todo hasta que llegue la hora en que... á su vez... será él quien me obedezca.

En el momento en que mi madre iba á retirarse, oímos golpear despacito en la puerta que fué á abrir.

— ¡Sois vos! exclamó estupefacta.

— ¿Se puede entrar? preguntó la voz de mi padre. ¡Cómo! ¡ya en la cama! Tanto peor, rompo la consigna; puedo tenerla durante un minuto, puesto que vos la habeis tenido durante toda la velada.

Mi madre se manifestaba pasmada, asustada, confusa, agradecida; — habia de todas esas cosas en la expresion de su gesto y de su mirada, y no pudo encontrar bastante calma para responderle.

— Al fin y al cabo, continuó mi padre, es mi hija como la vuestra, ¿no es verdad? y vino á sentarse á la cabecera de mi cama. ¡Y bien! ¿os encontrais bien aquí? Mejor que en vuestro convento, imagino. ¿Cómo vamos á gobernarnos, señora, para hacerle olvidar á sus religiosas? ¿La costurera vendrá presto sin duda?

— Desde mañana, respondió mi madre.

— ¡Sea enhorabuena! exclamó M. de Puysaie. Oye, Cipriana, en el convento es bueno ser bonita como los ángeles, pero en París es preciso ser bella como el diablo, permaneciendo ángel en cuanto sea posible, se entiende.

Habló así largo tiempo y con mucha animacion en tono muy afectuoso, pero demasiado ligero en mi concepto; yo preferia mejor la languidez de mi madre á estas galanterías.

En fin, notó que mis ojos se cerraban, y se retiró con mamá. Yo estaba ya medio dormida, y las palabras de M. de Puysaie me zumbaban todavia en mi cabeza.

«¿Cómo nos arreglaremos para hacerle olvidar el convento?»

Entonces solamente pensé que lo habia ya olvidado en efecto. No habia rezado mi oracion. Salté de la cama, me arrodillé sobre el tapiz y rogué por tí, Ursula, por las buenas hermanas de allí abajo, por mi madre, tan melancólica, por mi padre, y ¡ay de mí! tambien por mí misma, pues, á esta hora, que estaba sola en un cuarto desconocido y sombrío, sentia toda clase de aprensiones tristes volar en la noche como murciélagos.

— ¡Ah! dije al volverme á acostar y meneando la cabeza, será para mí una desgracia el haber olvidado, la misma noche en que vuelvo por primera vez á la casa paterna, dar gracias á Dios Nuestro Señor.

IV

EL MAS HONRADO Y EL MAS RICO DE FRANCIA.

(EL CUADERNO AZUL.)

Quien me despertó al dia siguiente por la mañana fué Postel. En el momento en que abrí los ojos, ya ella iba y venia á través del cuarto, poniendo todo en orden, sin hacer mas ruido que una sombra. Ella me creía dormida todavia

y yo me aprovechaba de su error para examinarla á mi gusto. Me agradó mucho. Es una mujer pequeña, de unos cuarenta años próximamente, activa como una ardilla, diestra como una hada. Pero lo que mas me atrajo hacia ella es que tiene una apariencia enteramente buena, y he sabido despues, por mamá, que no es solamente la apariencia lo que ella tiene. Su vida hasta ahora, segun parece, fué muy desgraciada; pero como mamá me prohibió absolutamente hacerle nunca la menor pregunta acerca de esto, por temor de entristecer á mi pobre Postel, me guardo bien de hacerlo.

Di un pequeño suspiro para mostrar que estaba despierta, y Postel acudió corriendo:

— ¿Tiene la señorita necesidad de alguna cosa? ¿Quiere la señorita levantarse, es menester que abra las cortinas?

La señorita saltó de la cama sobre la alfombra ágilmente, como en el convento, y sin tantas ceremonias se vistió ella misma. Sin embargo, fué menester peinarla, en lo cual era Postel muy diestra. Mientras me peinaba, la buena mujer me hablaba de mamá, y era preciso oír todo el bien que de ella decia.

— La señora es una santa, un ángel de Dios; ¡todo el mundo adora, respeta y venera á la señora!...

Tú comprendes el placer que me causaba Postel hablando de esta manera; aun me agradó mas cuando supe cuanto amaba á mamá.

Apenas estaba vestida cuando llamaron á la puerta con discrecion. Postel salió y entró casi en seguida.

— El señor conde envia á preguntar si la señorita puede recibirle, y espera á la señorita en el salon.

Fui allá corriendo y encontré á mi padre en pié delante de la ventana, y mirando no sé qué á través de las vidrieras. Al ruido de mi vestido se volvió; su frente estaba singularmente arrugada y su mirada preocupada. Pero todo se aclaró á mi vista y vi reaparecer la sonrisa de la vispera, esa sonrisa tan amable, en cuyo fondo hay siempre no sé qué pliegue desagradable é irónico.

— ¡Buenos dias, Cipriana! dijo adelantándose hacia mí con los brazos abiertos. Vengo á pedir os un desayuno. ¿Me quereis por convidado?

— Sin duda, señor, si es vuestro deseo.

Mi padre llamó y Postel acudió con el almuerzo en una bandeja, — un verdadero almuerzo matutino, — leche, bollos y chocolate en tazas de viejo Sevres.

Postel puso la bandeja sobre el velador y esperó.

— Vamos á hacer la comidilla, dijo mi padre riéndose, y nosotros mismos nos serviremos, ó yo os serviré solo, porque tengo que hablaros.

Esta frase se dirigia menos á mí que á Postel, que salió haciendo una reverencia.

— Mi querida Cipriana, continuó mi padre luego que salió Postel, os encontrais trasportada de repente á un mundo que no conocéis en nada, y me es necesario prepararos á esta prueba de manera que podais soportarla sin demasiada rudeza.

No se trata de vuestra manera de ser ó de arrugar vuestros cintajos, Postel está ahí, y además las jovencitas no tardan en aprender esta ciencia; pero es preciso que sepáis cuáles son aquellos con quienes vais á vivir para no engañaros demasiado groseramente respecto de ellos. En cuanto á lo que toca á las señoras y señoritas de vuestra edad, vuestra madre os informará mejor que yo podría hacerlo. Las mujeres tienen para hablar de ellas un lenguaje especial que conocen por instinto, y que dice más con dos silabas, con una entonación y con una sonrisa, que un retrato de La Bruyère; yo no quiero pues ocuparme sino de los hombres que vereis más habitualmente aquí, es decir, de las personas de nuestra intimidad.

Y después de este bello exordio, hé aquí á mi padre que continuó fotografiando á todos los amigos concurrentes á su casa.

¡Ah! mi querida, ¡cuánto talento tiene, y qué perspicacia en su zumba.

Me hablaba hace poco de la lengua de las mujeres; yo te aseguro que él habría podido dar lecciones á la más ladina de todas. Hizo desfilar delante de mí toda una galería de diplomáticos, de generales, de pisaverdes, de artistas, ¿qué sé yo? Me moría de risa. Algunas veces se interrumpía:

— Bien comprendéis, Cipriana, que lo que yo os digo ahora es lo que todo el mundo debe saber, pero lo que ninguno ha de repetir. La vida de los salones está llena de esos *por supuestos* y de esos lazos. Sois bastante perspicaz y lista, ciertamente, para no aprender prontamente á adivinarlos vos misma, y evitarlos solita; en el ínterin, aprovechad bien lo que os cuento.

Entre estos retratos, de los cuales algunos cabían en una frase, hay dos que me llamaron la atención, sin duda porque mi padre se detuvo más en ellos. Tratábase del coronel Fritz, su amigo íntimo, y del barón Matifay, de quien todo el mundo parece conocer el nombre. Este, dice mi padre, es un banquero ilustre, y su vida demuestra la posibilidad de esta paradoja: «La probidad es la más hábil de las truhanadas.» Este hombre de negocios, fenómeno, *el más honrado y el más rico de Francia*, nos llega en línea recta de Limoges, ni más ni menos que M. de Pourceaugnac, solamente, con esta diferencia, que M. de Pourceaugnac tiene talento y no hace reír á París, sino que lo conquista.

M. de Puysaie continuó durante largo tiempo en este tono ambiguo. Me imagino que en el fondo no ama mucho á su barón, pero que tiene por él grande estima, una de esas estimas victoriosas que se imponen. En suma, no hay más que una cosa que no le perdona, su nacimiento y su baronía por demás moderna. Casi me incomodé al oírle la multitud de burletas y de tonterías que decía, más ó menos importantes las unas que las otras, acerca de aquel hombre en quien reconoce casi genio, de aquel millonario de quien hace el más bello elogio que se pueda hacer, diciendo de él:

— ¡Es el hombre más honrado de Francia!

Mira, es preciso que te cuente un rasgo de la vida de M. Matifay.

Todo el mundo ha oído hablar de la señora Quisran-Ran-

cogne, ese monstruo que envenenó á su marido, y de quien, parece, se ocupó toda la Francia durante su proceso. M. Matifay, que comenzaba entonces su fortuna, tenía intereses comunes con la ferrería de Noirmont los Hornillos. La señora de Quisran-Rancogne dejaba una niña, de la cual fué nombrado M. Matifay tutor de oficio por el tribunal. Ahora bien, sucedió que la ferrería dirigida por un tal Champion, pariente de la señora de Rancogne, fué cada vez á menos. Y bien, fuese por negligencia, ó más bien por falta de probidad de su gerente, este fué declarado en quiebra, y huyó al extranjero.

Esta huida era para la pequeña Blanca la miseria absoluta; para Matifay, era la ruina casi completa; en un instante perdía el fruto de veinte años de trabajo.

Pero este valiente no se desalentó, este gran corazón no abandonó á la huérfana que la ley le había confiado, y que con la huida de Champion, quedaba como una hija suya.

La audacia pierde á los débiles y salva á los fuertes. Tuvo el valor de poner sus últimos capitales en el negocio de Noirmont mismo. Compró la ferrería desconsiderada, perdida, y puso la mitad en nombre de su pupila, y dió comienzo valerosamente á su obra. ¡Qué actividad no emplearía! Era la admiración de los rivales mismos. Todo el mundo, además, se interesaba en el éxito de sus esfuerzos: desde el primer año distribuyó un dividendo á los acreedores de una quiebra de que le habría sido fácil no cargar con la responsabilidad. Por otra parte, aunque esta quiebra tuvo todas las apariencias de una quiebra fraudulenta, los cargos, sin embargo, ni las pruebas no parecieron suficientes para hacer condenar á Champion.

Al ver la ferrería en manos de un hombre tan hábil y á la vez tan delicadamente honrado, y cuya delicadeza parecía casi á escrúpulo, la confianza renació; con ella el crédito; Noirmont llegó á ser un establecimiento de primer orden.

En medio de esta prosperidad, M. Matifay experimentó una gran desgracia.

M. Matifay se había aficionado á su querida Blanca como á su propia hija. La niña languidecía é iba extenuándose de día en día: parecía que una fatalidad pesaba sobre su frente, quizás la del crimen de su madre. El doctor consultado reconoció con asombro los espantosos síntomas de esa enfermedad de las almas que una incurable desesperación roe. No se conoció el secreto de su desesperación sino en su lecho de muerte. A pesar de las precauciones minuciosas de su tutor, la desgraciada niña había sabido, por la imprudencia de un criado, el crimen horroroso de su madre. Era el alma la que estaba herida, y esta herida era demasiado profunda para aquel pobre cuerpo endeble.

Tratamiento, cuidados, ternuras, nada pudo mejorar su estado, ni retardar una hora un desenlace que todo el mundo preveía. Matifay hizo llamar los doctores más célebres, entre otros al doctor Ozam, ofreciéndoles montones de oro si salvaban á su querida pupila. ¡Ay de mí! los médicos no encontraron presto sino ese recurso ilusorio que se aconseja á los enfermos de quienes se desespera, un viaje á los países del sol.

M. Matifay abandonó todo, — confió sus negocios á un hombre seguro y partió con su querida enferma. Su ausencia debía ser de corta duración. Primero, el movimiento parecía favorable á la moribunda. El aire libre y el hermoso sol tuvieron una influencia maravillosa, se creyó casi en la posibilidad de un milagro: no era más que el supremo y vivo vislumbre de las últimas llamas de la vida. — Un abatimiento místico sucedió á este renacimiento artificial. Hubo necesidad de detener el viaje, y la pobre niña se extinguió en Nápoles en los brazos de su tutor desesperado.

M. Matifay vino solo y desolado de este viaje emprendido con tanta esperanza, y trató de engañar su dolor por una febril actividad. Pero no pudo conseguirlo; todo, en derredor suyo, recordaba á su corazón el ángel que había volado al cielo para siempre.

Vendió Noirmont los Hornillos, hecho insoportable por todos los recuerdos, todos los pesares que contenía; pero por una suprema delicadeza, no quiso aprovecharse de la muerte de una pupila tan querida, y empleó la totalidad de la fortuna que le destinaba á la fundación de un establecimiento de beneficencia bajo la advocación de Santa Blanca de Castilla, — luego se fué á los departamentos del Norte á crear un nuevo establecimiento, y se empeñó en las empresas colosales de donde ha salido esa fortuna enorme que todo el mundo le reconoce.

— ¡Y ese es el hombre, dije yo á mi padre en cuanto hubo acabado su relación, ese es el hombre de quien osais burlaros!...

Estaba verdaderamente indignada, tanto era lo que me había conmovido la historia de esa abnegación que no había variado un minuto; mi padre me dejaba decir sonriéndose, y cuando hubo acabado:

— ¡Ta, ta, ta! ¡hé aquí nuestra pobre niña perdida!... Recordad bien esto, Cipriana: «El entusiasmo es perjudicial en este bajo mundo. Admirar alguna cosa con tanto ardor, es confesarse incapaz de hacerla, y la primera virtud en el círculo en que estáis destinada á vivir, es no reconocerse inferior á nadie, ni en belleza, ni en talento, ni en fortuna, ni en virtud.»

Pero aun dirigiéndome esta reprimenda, mi padre se mostraba muy satisfecho de mí.

— ¡Vamos! ¡puesto que amais tanto á vuestro Matifay, no nos permitiremos ya reírnos de su baronía!

El desayuno continuó muy alegremente y la charla también, que no fué interrumpida sino por la llegada de mamá y de Postel. Venían acompañadas de una costurera que me dijeron ser madama Rosell. Traían todo un mundo de cartones. Esta invasión puso á mi padre en fuga, que al marcharse me dijo:

— Os he dado mi primera lección mundana, Cipriana, hé aquí la segunda; estoy convencido que os gustará más que la primera.

Me agradó en efecto mucho. Fué menester probar vestidos, sombreros, combinar los colores, ¿qué sé yo? todo un trabajo muy complicado de que no tenía la menor idea, pero que aprenderé pronto, creo, pues me divierte mucho, y

mamá pretende que tengo gusto hasta en la punta de los dedos.

Tengo que hablarte todavía de dos personas, y creo que después habré dicho todo; primeramente del coronel Fritz, el íntimo de mi padre, y luego de una gran señora forastera de la cual habla todo el mundo en París esta estación. Es en su palacio en donde la señorita Cipriana debe dar sus primeros pasos en el gran mundo, y hé ahí la razón de ese gran despliegue de costureras.

Mi padre me había dicho dos ó tres palabras sobre el coronel, pero su misma intimidación avivaba más mi curiosidad, de modo que no pude reprimirme sin dejar de preguntar á mamá alguna cosa sobre este asunto.

Pareció confusa, y me respondió meramente:

— Es el amigo de vuestro padre, Cipriana.

Yo creí comprender que este amigo de mi padre apenas lo era de mamá, y eso me indujo á examinarle minuciosamente cuando viniese á comer. Come en efecto en nuestra casa casi todos los días, á menos que mi padre no coma en el casino, lo que sucede bastante frecuentemente. El coronel Fritz me pareció muy bien, pero muy frío. Es alto, delgado, vestido con elegancia exquisita, y parece todavía joven, aunque verdaderamente haya pasado de los cuarenta.

Se dice que es el hombre de París que se conoce más inteligente en caballos, en carruajes, en mueblajes, en cortinajes, en todo lo que, en fin, constituye el *confort* y el buen gusto.

No se corta una librea, no se adorna un salón sin que haya sido consultado. No se le conoce más que un defecto. Los señores pretenden que no juega bastante fuerte; pero por mi parte no encuentro eso muy vituperable. Por lo demás, cuando juega, pierde siempre, y se resigna con la mejor gracia del mundo.

Se cree que disfruta un haber anual de treinta mil francos de renta. Por fin, lo que todo el mundo reconoce unánimemente, es su perfecta rectitud de vida y su excelente educación.

Me ocupó muy largamente del coronel Fritz, ¿no es verdad? Es que, francamente, me interesa y me inquieta. Además de la intimidad con mi padre y la frialdad de mamá respecto de él, que ya serían razones suficientes para picar mi curiosidad, me parece que hay otra más entre él y yo. Su frialdad respecto de mí es extrema, aunque rigurosamente cortés. Pues bien; imagínate que le he sorprendido ya cinco ó seis veces fijando su vista en mí, de soslayo, dirigiéndome miradas singulares. ¿Había odio ó lástima, desdén ó sentimiento celoso en esas miradas? No sé: me parece que había de todo á la vez, y que ese hombre me adora ó me detesta... quizás me deteste y me adore juntamente.

Lo que siento por él, yo, me sería muy incómodo y poco fácil explicarlo. Su presencia me oprime, me molesta, me fascina. Tiene atractivo, no obstante, pero un atractivo sofocante y penoso. Encuentro su rostro bello y me hiela; su voz armoniosa, pero tan terriblemente clara, que parece cortar como con una hoja de sable. No tengo necesidad de verle cuando entra, no. Aun sin mirarle en el espejo, adivino su

llegada, y mi corazón se oprime, se estrecha á medida que se acerca.

Este hombre, estoy segura, tendrá grande influencia en las pruebas que me predijo nuestra buena madre la superiora.

V

LA INVITACION AL VALS.

(EL CUADERNO AZUL.)

¡Ursula! ¡Ursula! ¡las buenas hermanas tienen razon! El mundo es una cosa terrible. ¡Oh! cuánto mejor habríamos hecho en permanecer allí, en el convento, bajo las umbrías solitarias, lejos de las tentaciones ó de los sufrimientos, — ó mas bien... Pero ¿comprenderás lo que voy á decirte? — Tu vida irá pasando lejos de estas embriagueces. La mediana de tu destino te protege, pero ¡yo, yo! ¡oh! Ahora que mis ojos han sido fascinados por este resplandor, mis oídos encantados por estas músicas, mi corazón agitado por estas dulces palabras, siento que todo retorno hácia atrás me sería imposible; y sin embargo, tengo miedo hasta el fondo del alma.

Se cree que por aturdimiento ó simplicidad pura las pobres mariposillas de alas blancas y sedosas vienen á quemarse en las llamas de las bugías; ¡oh! no. Vacilan largo tiempo, revolotean largo tiempo en derredor del resplandor anhelado; intentan desesperadamente arrancarse á su fascinación; pero desde el momento en que sus ojos hechos para las modestias de la sombra, han presentado los éxtasis desconocidos de la luz, están perdidas; toda lucha es vana.

Pues bien, esta luz, esta antorcha radiante del mundo, que se nos describía tan peligrosa, la he visto, en fin, esta noche por primera vez. Conservo en las pupilas el brillo fulgurante de las arañas; en derredor de mí, oigo crujir la seda; veo los chispeantes visos de las pedrerías; oigo con delicia, en la lontananza de mi recuerdo, el eco ensordecido de la orquesta, y te escribo con la cabeza coronada de flores marchitas del baile.

Ursula, ¡no puedes figurarte cuán bello es!

Al entrar creí que penetraba en un país encantado, uno de esos países que no se ven sino en sueños. Flores por todas partes, por do quiera girándulas de cristal, las mujeres parecían diosas con estrellas en derredor de la garganta. Yo me apoyaba con todas mis fuerzas en el brazo del coronel Fritz, que me servía de caballero; en verdad, temía desvanecerme. Luego, á través de una niebla que parecía formada de polvo del sol, vi adelantarse hácia mí una señora mas bella, mas imponente que todas las demás, y con eso tan magistralmente sencilla y buena, que invenciblemente atraída, me iba hácia ella.

Era la dueña de la casa donde se daba el baile, la señora de Monte-Cristo.

Me tomó la mano. ¿Qué me dijo? Que no tuviera cortedad, creo... y en efecto no la tuve ya. Me atreví á levantar los ojos y ví los de mi madre, risueños también y conmovidos con mi propia emoción.

La señora de Monte-Cristo tuvo la bondad de hacerme sentar á su lado, entre mi madre y ella. Lo que me dijo todavía, tenía yo la cabeza demasiado turbada para recordarlo de una manera precisa. Solamente sé que me cumplimentó sobre mi compostura y sobre mi gracia... Pero yo, que no brillo enteramente por la modestia y que, muy francamente, me considero bastante bien, tuve vergüenza, pues la encontraba á ella mil veces mas bella que yo. Todos los ojos estaban fijos en nosotras; ella tuvo la caridad de insinuar que el baile se daba á mi intención, y me lo repitió tan á menudo, con tan buena gracia, que te aseguro que mi cabeza se calentó, mi pequeño amor propio se engrió, y llegué á creerlo también. La vanidad es un pecado bien feo, pero te aseguro que causa mucho placer.

Delante de nosotras era un verdadero desfile. La señora de Monte-Cristo sabía encontrar para cada uno alguna palabra amable. Despues, ella me presentaba, y yo balbuceaba alguna palabra; mi madre estaba con el rostro encendido rebosando con el placer que le causaba el espectáculo agradable de mi presentación.

En tanto, en torno de mí todo irradiaba, todo zumbaba, todo cantaba por la voz de la orquesta.

— Hé aquí, dijo la señora de Monte-Cristo con una dulzura maliciosa, estos piececitos que se agitan, y piden convertirse en alas.

En efecto, yo llevaba el compás, sin apercibirme de ello.

— Vamos, continuó, nos hace falta un bailarín.

Por mas que la jurase que no, y que tenía miedo, y que no podría ni sabia bailar, detuvo á un joven que se alejaba despues de habernos saludado, y me lo presentó :

— El señor vizconde de la Cruz.

Este me agradó completamente. Era muy bello, y no tenía trazas de apercibirse de ello; un poco triste, lo que dice muy bien con su tez morena, pero no tan triste, sin embargo, que no haya en el fondo de sus grandes ojos una sonrisa indulgente que su melancolía hace mas encantadora todavía.

Tu me dirás que para no haberle visto sino en una mera presentación le he pintado muy completamente. A eso te responderé que una mirada entre las cejas, con los párpados bajos, debe bastar á una joven perspicaz, y que, además, he tenido el tiempo de analizar las perfecciones de mi héroe, habiendo tenido el honor de bailar con él.

Sí, mi querida, he bailado, y verdaderamente no es tan difícil como yo creía; no hay mas que dejarse llevar y se desliza una tan naturalmente como las golondrinas vuelan. En verdad, la señora de Monte-Cristo tenía razón : los pies son alas que, sin embargo, se ignoran.

Y no bailó en seguida. Aunque la invitación de M. de la Cruz fué hecha y aceptada, la señora de Monte-Cristo percibió sin duda mi cortedad y me dió tiempo de reponerme

retardando y cambiando con su autoridad privada el número de la invitación de mi caballero.

Este se inclinó profundamente en muestra de asentimiento, y se alejó con una gravedad de Cid con frac negro.

Apenas se marchó, abrumé á mamá y á la señora de Monte-Cristo de reproches, lo que les hizo reír mucho, sobre todo á la última.

— Vamos, mi querida niña, confesad que os estais muriendo por ganas de bailar, y que solo una falsa vergüenza os retiene. Por eso os he escogido un caballero entre todos. Nada teneis que temer con él; podeis abandonarle vuestra blanca mano con la confianza que tendríais en un hermano. De seguro que hay muchas señoritas y grandes señoras que envidiarían vuestra suerte.

M. de la Cruz es demasiado grave para hacer cabriolas en el aire como un joven calaverilla de diez y ocho años; esta es la primera vez que le veo cometer esa infracción á su dignidad, y podreis jactaros de haber sido la primera, en mi salón al menos, que haya hecho levantar la pierna á un héroe.

— ¿A un héroe, señora?

La señora de Monte-Cristo, que hablaba en un tono semi grave, semi ligero, se puso de repente muy seria.

— A un héroe, sí, hija mía. Quizas será permitido algun día á una pobre mujer muy probada por la desgracia... bien envejecida también, no tengais celos... el referir, á vos como á todo el mundo, lo que es en realidad M. de la Cruz, y qué corazón valiente y cuánta abnegación se abrigan en su pecho. Hoy no puedo mas que repetir la palabra que os asombraba hace poco :

¡Es un héroe!

Si un ser, bueno hasta los últimos límites, adicto hasta el mayor sacrificio, valiente hasta la temeridad; si un caballero errante, un santo y un hombre fundidos juntamente, pueden formar ese bronce precioso que se llama un héroe, M. de la Cruz es un héroe.

En este momento M. de la Cruz volvía hácia nosotros, estaba muy pálido, pero ni una línea de su altiva y serena fisonomía estaba turbada. — Venia sin duda á reclamar la contradanza prometida. Yo me levanté.

— Pero no es tu turno, Cipriana, dijo mi mamá, tú has prometido una cuadrilla.

— ¡Qué importa, respondió la señora de Monte-Cristo riéndose, cuadrilla ó un vals! De esta manera la señorita Cipriana, que es muy novicia, no se expondrá á trastornar las figuras.

M. de la Cruz tomó con la punta de los dedos, finamente guanteados, la extremidad de los míos. La orquesta tocó un aria lenta y cadenciosa que tú me has oído sin duda tocar en mi piano del convento : *la Invitación al vals*. Luego el aria se hizo mas presurosa, el vals precipitó su ritmo preciso, yo apoyaba mi mano en su hombro, él tocaba mi talle con su brazo repliegado, y nosotros volábamos á través del torbellino.

Yo le miraba (por debajo siempre á través de los párpados, amiguita). Su bello rostro permanecía mate é impasible, ni un leve soplo agitaba con mas precipitación la

batista sobre su pecho. Parecía que no me tocaba y me llevaba como una hoja. Yo daba muchos trapiés; pero entonces, sin estrechar la mia, ignoro cómo su mano la retenía con una firmeza suave que adivinaba inflexible como un apretón de hierro.

Estar sostenida, defendida, protegida por un corazón valiente, sentí en este momento que era la dicha mas completa que pueda concebir una mujer. Ciertamente, la protección de M. de la Cruz se ejercía en este momento en un débil objeto, ¿qué me evitaba? alguna magulladura ó la desgarradura de un miserable pedazo de encaje : ¡qué importa! Su corazón era valiente, su brazo fuerte; yo sabia que podia apoyarme en su hombro con toda confianza; ¡me sentía dichosa!

Despues de todo, ese torbellino que nos llevaba á todos, de dos en dos, en su vértigo, ¿no era una imagen bien perfecta del mundo tal cual me aparecía hacia una hora?

Lo mismo vamos en nuestra vida febril, al azar, desconocidos uno de otro, enemigos quizás, y me decía que para atravesar estas borrascas predichas por nuestra querida madre de B..., era el apoyo de un brazo fuerte, de un corazón valiente como este el que tal vez me haría falta.

Un héroe, queridita, piensa pues, ¡un héroe!

Por el instante el héroe no despejaba los labios, y sin embargo adivinaba que tenía alguna cosa que decirme. ¡Cómo! yo temblaba al preguntármelo y deseaba no obstante el saberlo. Estaba descontenta porque no me lo decía y agradecida de que callase : conocía que era un respeto y una delicadeza de su parte. ¿Quién sabe, si él me hubiera hablado, si no hubiera caído quizás del pedestal en que le habían colocado las afirmaciones de la señora de Monte-Cristo? Hubiera vuelto á ser M. de la Cruz; y yo deseaba tener á mi Cid Campeador.

Pero no me habló. Y solamente en el momento en que cesando la música, me conducía á mi asiento, acercándose á mi oído, me dijo en voz muy baja algunas palabras que por poco me hacen caer desmayada.

— Tened mucho cuidado, señorita, un gran peligro os amenaza.

Y como, toda temblorosa, me detenía próxima á caer, con mano firme me sostuvo el puño y añadió :

— Vuestros amigos vigilan, ayudadles.

Habíamos vuelto cerca de la señora de Monte-Cristo. Sin añadir una palabra, M. de la Cruz me hizo un gran saludo y se alejó.

— M. de Puysaie, me dijo la señora de Monte-Cristo, está dando un paseo en los salones con vuestra madre; ¿me permitireis ser vuestra aya en su ausencia?

Apenas tuve tiempo de hacer un signo de adhesión, mamá venía apoyada en el brazo de mi padre.

Este tenía el entrecejo fruncido, el aire descontento, yo no pude oír sino el fin de la conversación.

— ¡Es preciso que esto acabe! ya que vos no quereis hablarle, le hablaré yo.

Al verme calló de repente y volvió á sonreírse con su sonrisa habitual.